

Las contradicciones detrás del paro de la CGTP

El paro parcial de la CGTP ha servido, entre otras cosas, para poner en evidencia las contradicciones de la realidad política y social del Perú de hoy, a partir de lo cual corresponde un análisis autocrítico para asegurar la estabilidad nacional y encarrilarnos por la ruta del desarrollo.

Es un hecho que la convocatoria fue más un pulso netamente político de la dirigencia de la CGTP, que representa a un grupo minoritario de los trabajadores con empleo formal, sin pensar en las necesidades de amplísimos sectores de la población que navega en los mares del desempleo, del subempleo y de la informalidad.

En cuanto al acatamiento fue parcial. En Lima fue casi nulo y en el interior se apeló a desmanes y bloqueos para forzar una paralización con consecuencias graves en heridos y destrozos de propiedad pública. Por un lado esto contradecía las promesas de un paro pacífico que habían hecho los organizadores, pero por otro lado demostraba el espectro variopinto de quienes aprovecharon la ocasión para protestar fuera del pliego de reclamos que planteaba la CGTP.

Y, aquí, las protestas no solo fueron contra el Poder Ejecutivo, sino también contra la ineficiencia y desidia de los gobiernos regionales y locales, así como contra el Congreso, todos los cuales deben asumir su responsabilidad.

En cuanto a los graves sucesos violentos que se dieron, sobre todo en Madre de Dios y Huancavelica, evidencian la existencia de grupos desestabilizadores, que tenemos que rechazar y denunciar. Pero también hay allí un cúmulo de demandas insatisfechas de poblaciones alejadas en asuntos puntuales, como la 'ley de la selva', la ley de utilidades mineras y las normas sobre propiedad y venta de tierras comunales, en las que la opinión de los principales involucrados reacciona frente a la intención de modernizar el país.

El Ejecutivo debe tender puentes permanentes de diálogo y consenso con los gobiernos regionales y locales, y estos, a su vez, asumir la gran parte de responsabilidad que les toca

En cualquier caso, el Gobierno tiene que ser receptivo para acusar el mensaje: a pesar de los notables índices de crecimiento macroeconómico, aún existen grandes sectores que no perciben esta bonanza o que, por falta de comunicación, no entienden o no saben cómo pueden integrarse a este círculo virtuoso en el futuro cercano.

La reacción del Ejecutivo ha sido, en todo caso, bastante disímil. Por un lado son positivos los anuncios de transferir

mayores recursos a las regiones, de poner más énfasis en el presupuesto para infraestructura y de formar una comisión de alto nivel en Madre de Dios. Sin embargo, el ambiguo discurso presidencial, que un día entiende las demandas sociales y al día siguiente califica de complotadores a los organizadores del paro, no abona en el objetivo de estabilizar el país y tender puentes con los sectores en protesta.

En suma, somos conscientes de la persistencia de grupos radicales, felizmente minoritarios, a quienes molestan los avances del país, y que deben ser desenmascarados, denunciados y sancionados con los instrumentos que provee el Estado de derecho.

Pero, desde una perspectiva más amplia, como hemos invocado previamente, el Ejecutivo tiene que tender puentes permanentes de diálogo y de consenso con los gobiernos regionales y locales, y estos deben asumir la gran parte que les corresponde en la nueva conformación política del país. Y el Congreso, que últimamente ha sido escenario de agudas fricciones y escándalos de todo tipo, tampoco puede ser ajeno a estas preocupaciones.

La principal lección, entonces, es que la estabilidad y el desarrollo económico con inclusión plena exigen que cada cual asuma su cuota de responsabilidad y ponga los medios suficientes para cumplir estos grandes objetivos nacionales. ■■

PIEDRA DE TOQUE

Operación Jaque

Mario Vargas Llosa

Escritor



© Mario Vargas Llosa, 2008.
© Diario "El País", SL/ Mario Vargas Llosa. Prisa.com.
Exclusivo para el diario El Comercio en el Perú.

La liberación de Ingrid Betancourt, junto con tres estadounidenses y once militares colombianos que llevaban muchos años como rehenes de las FARC, ha sido una hazaña de corte cinematográfico —la destreza, audacia y perfección del rescate hacía pensar en las proezas de Jack Bauer, el héroe de "24"— por la que hay que felicitar, antes que a nadie, al presidente Álvaro Uribe, luego a su ministro de Defensa, Juan Manuel Santos, y a los anónimos oficiales de inteligencia de las Fuerzas Armadas de Colombia que la diseñaron y ejecutaron.

Esto parece obvio pero no lo es, pues cualquiera que haya ojeado la prensa y escuchado a los medios aquí en Europa en la última semana, diría que el verdadero héroe de la operación ha sido el presidente francés Nicolás Sarkozy quien, sin haber intervenido para nada en la operación Jaque —así fue bautizado el salvamento—, salvo para obstruirla y demorarla, es quien hasta ahora le ha sacado mayor provecho publicitario. Pero, ya sabemos, la política y los políticos son así.

El rescate no solo pone fin a los indescriptibles padecimientos a que fueron sometidos a lo largo de muchos años Ingrid Betancourt y sus compañeros de cautiverio en manos de la organización narcoterrorista en que se han convertido las FARC, además, pone en evidencia la naturaleza criminal y sádica de esta guerrilla para la que hasta apenas ayer el presidente Chávez de Venezuela, con amplios apoyos en América Latina y en Europa, pedía la legitimación política internacional y que fuera borrada de la lista de partidos, movimientos y grupúsculos terroristas en que aparece, en lugar prominente, en la Unión Europea, Estados Unidos y la comunidad de países democráticos. Después de haber escuchado el testimonio de la propia Ingrid Betancourt sobre las condiciones en que transcurrió su cautiverio y la conducta y actitudes de sus verdugos, esperamos que nadie —nadie que no sea imbécil o cómplice, se entiende— pretenda todavía presentar a las FARC como un romántico movimiento de idealistas que ha tomado las armas para luchar por la justicia y la igualdad de los colombianos.

Pero la conclusión política



ILUSTRACIÓN VÍCTOR AGUILAR

Si quisiera reelegirse por tercera vez, Uribe lo conseguiría con absoluta facilidad. Esperemos que no lo haga y que se retire al término de su mandato, para que no se diga de él que la codicia de poder enturbió la formidable tarea que ha realizado

más importante que se desprende de la operación Jaque es la lucidez de visión y el coraje de ese gran estadista latinoamericano que es Álvaro Uribe, el primer gobernante colombiano que, enfrentándose para ello no solo a sus naturales enemigos —la guerrilla terrorista, el extremismo antidemocrático, los comunistas, Cuba, la Venezuela de Chávez y la internacional de tonos útiles al servicio de la revolución para América Latina— sino,

también, a los gobiernos y partidos democráticos de buena parte del mundo que lo demonizaron y acosaron sin descanso todos estos años, ha demostrado en los últimos meses que las FARC no eran invencibles, ni siquiera populares, y que podían ser militarmente derrotadas, con el beneplácito y la resuelta colaboración del pueblo colombiano. No es de extrañar que Uribe, cuya discreción y casi mudez luego del rescate han sido casi totales, a dife-

rencia del aprovechamiento frenético que ha hecho de él el mandatario francés, goce ahora de un 90% de popularidad, seguramente el más alto porcentaje de respaldo a un gobernante democrático en el mundo entero.

En las decenas de artículos y comentarios que he visto, leído u oído en la prensa a lo largo de la semana referidos a la liberación de Ingrid Betancourt no he visto uno solo que recuerde la insolencia y la insistencia con

que el Gobierno Francés exigió al mandatario colombiano que evitara las acciones militares contra las FARC, y que diera muestras de apaciguamiento y buena voluntad contra la pandilla de asesinos, torturadores, secuestradores y narcotraficantes que anida bajo esas siglas, incluso liberando a uno de sus jefes, y las simpatías que mereció en la comunidad internacional la intromisión del presidente Chávez, de Venezuela, y sus afirmaciones de que solo él era capaz de conseguir la liberación de los rehenes en manos de las FARC (sus amigos y cómplices, como demostraron los ordenadores capturados en el campamento de 'Raúl Reyes').

Nadie se acuerda ya, por lo visto, que el Parlamento Europeo perpetró la ignominia, hace muy pocos años, de recibir al presidente Uribe con un bosque de carteles de vituperios en manos de diputados socialistas, comunistas y hasta algunos liberales, como a un enemigo de los derechos humanos, y que Al Gore, cuando era vicepresidente de Estados Unidos, se negó a reunirse con él, alegando la misma razón. América Latina ha servido siempre a politicistas europeos y norteamericanos, y buen número de intelectuales, supuestamente demócratas, para darse un disfraz prog y una buena conciencia revolucionaria sin riesgo alguno. Es verdad que la capacidad del extremismo antidemocrático de izquierda para desacreditar y satanizar a sus adversarios es casi infinito, y, por ello, buen número de gobernantes y políticos latinoamericanos, temerosos de ser víctimas de esas campañas de desprestigio montados por la extrema izquierda, ceden y se dejan manipular y paralizar por unas supuestas fuerzas populares que, a menudo, como las FARC, resultan ser, a la postre, unos gigantes con pies de barro.

El presidente Álvaro Uribe no pertenece a esa clase de políticos acomodaticios, pusilánimes y sin principios que tanto abundan en América Latina. Desde que asumió el gobierno dejó muy en claro que, en nombre de la legalidad y de la democracia, se enfrentaría a la guerrilla terrorista con resolución, a la vez que dejándole siempre una puerta abierta para negociar su rendición. Las fantásticas campañas lanzadas contra él en Colombia y en el exterior, y los atentados contra su vida, no lo hicieron cambiar un milímetro en esta línea de conducta que, muy pronto, fueron haciendo suyos sectores cada vez más amplios de la sociedad colombiana, a medida que, como resultado de aquella política, el Estado recuperaba las carreteras y regiones enteras del país, y un sentimiento de esperanza echaba raíces en la po-

blación. La operación Jaque es la culminación de aquel progreso en la lucha contra la barbarie y el terror y un ejemplo de lo que debe ser la conducta de un gobernante democrático frente a quienes han desatado una guerra a muerte contra la democracia y la libertad.

La lucha de Uribe contra el terror se ha llevado a cabo sin menoscabar en lo más mínimo la libertad de prensa, la independencia del Poder Judicial, la oposición parlamentaria y extraparlamentaria, y haciendo al mismo tiempo un esfuerzo continuo para desarmar a las fuerzas paramilitares y combatir la corrupción, muy extendida por desgracia en el aparato político y estatal y aún en su propio entorno. Aunque ha habido errores y fallos, también en estos campos el progreso ha sido considerable, como lo comprueba cualquiera que vaya a Colombia y viaje por el país y hable con la gente, y lo haga con el espíritu abierto y sin prejuicios. Yo lo he hecho, varias veces en estos años, y cada vez tuve la impresión de que había un avance considerable y que no solo la esperanza, también las instituciones y la economía mejoraban y las FARC retrocedían. Por eso me parecía una injusticia atroz que el gobernante democrático que con más talento y valentía defendía la libertad en América Latina tuviera en la escena internacional menos consideración y respeto que demagogos pintorescos y ruinosos para sus países como Evo Morales o Hugo Chávez.

¿Cambiarán ahora las cosas? Confiemos en que, por lo menos, algunos ingeniosos abran los ojos y entiendan de veras lo que pasa en Colombia. Que la liberación de Ingrid Betancourt y sus catorce compañeros de martirio no fue una casualidad ni un milagro, sino consecuencia de una política inteligente, audaz y firme en defensa de la libertad. La única que corresponde a un gobierno democrático que no quiere suicidarse y entregar a su país al absolutismo y al terror.

¿Qué ocurrirá ahora? Si quisiera reelegirse por tercera vez, Uribe lo conseguiría con absoluta facilidad. Esperemos que no lo haga y que se retire al término de su mandato, para que no se diga de él que la codicia de poder enturbió la formidable tarea que ha realizado. Ahora ya sabe que si hay en Colombia quien puede reemplazarlo con éxito en la política que ha llevado a cabo. Juan Manuel Santos, su ministro de Defensa, ha sido, en todo este tiempo, un colaborador, leal y tan firme como él en el objetivo por alcanzar, que es la pacificación de Colombia y el fortalecimiento de su democracia. Ambos están ahora más cerca que nunca en las últimas décadas. ■■

Madrid, julio del 2008